

El otro Balmes

Por

P. Badillo O'Farrell
T. Barreiro Rodríguez
F. Elías de Tejada Spínola
W. Lamsdorff Galagane
F. Puy Muñoz
E. Serrano Villafañe

Edición cuidada por Gabriella Pércopo
Portada cuidada por Joaquín García de la Concha

EDICIONES JURRA
SEVILLA - 1974

**6. BALMES EN LA TRADICION POLITICA
DE CATALUÑA**

por

FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA Y SPÍNOLA

1. CORRIGIENDO UN JUICIO ANTIGUO.

Va ya para un cuarto de siglo que consagré a Balmes un menudo estudio, presentado al Congreso internacional de filosofía que tuvo lugar en 1948 en Barcelona. Llevaba el mismo título que el presente trabajo y sus conclusiones eran las de que Balmes estaba inserto en la Tradición política de Cataluña, heredero de los Mieres y de los Marquilles, el contrapié español en consecuencia al doctrinarismo francés de Clermont-Tonnerre y de Benjamin Constant. Movíame a aquel resultado la índole especial de la polémica contra Guizot, que es la versión católica de la cultura del Occidente sostenida por Jaime Balmes en *El protestantismo comparado con el catolicismo*, versión oficial de la cuestión en la Iglesia católica hasta los días ecuménicos del concilio Vaticano segundo. Concluyendo, entonces, yo que «por eso, al sostener que Jaime Balmes es un eslabón más en la larga cadena de los teóricos del pensamiento político típico de Cataluña, le sitúo en la trayectoria centenaria de su pueblo

y no en la coetaneidad casual del segundo cuarto del siglo XIX. Lo que caracteriza su pensamiento político es que continúa la línea secular de la Tradición catalana, equiparándose a aquellos Mieres y Marquilles que, en una hora todavía tenebrosa de Europa, formularon sobre raíces tomistas una teoría de la ley y del gobierno justo que respondía al *seny* de aquel pueblo práctico, sensato, realista, justipreciador del dinero como factor de libertades individuales, y, sobre todo, enemigo de las violencias, tanto si proceden de la espada militar como de las turbas anárquicas» (1).

Los días traen madurez y en ellos van repensándose los temas que a los treinta años parecían claros, tal vez, arrastrado por el deslumbramiento con que entonces me seducía el estudio del pensamiento político catalán que en aquellos tiempos traía entre manos mientras preparaba mi libro *Las doctrinas políticas en la Cataluña medieval*. Porque entonces yo pasaba por alto un dato que en la reflexión posterior me ha parecido decisivo: la completa, total y absoluta ignorancia de Jaime Balmes acerca del pensamiento político de la Cataluña clásica. Desde Francesç Eiximenis a Narcís Fe-

(1) Publicado en las *Actas* del Congreso. Madrid, 1949, págs. 131-143. Con otros argumentos, sostuve igual postura en el artículo *El pensamiento político de Balmes*, aparecido en *Reconquista*, I (1950), 257-273, y en el prólogo al estudio de José A. ACEDO CASTILLA, citado en la nota 89, págs. 3-4.

liú de la *Penya*, Balmes no tiene la menor noción de la aportación de Cataluña a la historia del pensamiento político, ni sabe siquiera de la importancia de los grandes maestros del pensamiento catalán, que ni cita, ni conoce por lo menos de nombre. Pudiera darse hilación en las perspectivas culturales, hilación nacida del temple común a toda la gente catalana; mas no cabe establecer la más mínima conexión concreta. Jaime Balmes no tuvo noticia ninguna de los escritores políticos ni de los juristas que encarnan la Tradición política de Cataluña.

Semejante comprobación me fuerza a revisar mis planteamientos de 1948. En este cuarto de siglo de meditaciones sobre lo que es la Tradición del Principado, creo haber encontrado más justas coordinadas. Hora es llegada, pues, de revisar mi antigua calificación de Jaime Balmes desde las posiciones que hoy contemplo. Tal es el motivo del presente estudio, en el cual mantengo, para el mismo argumento, idéntico título al de 1948.

2. BALMES IGNORA LA TRADICIÓN CATALANA.

La formación de Balmes fue la que podía dar de sí la enteca Universidad de Cervera en que estudió, sin bibliotecas, sin medios de trabajo, henchida de un escolasticismo decadente. Balmes leyó en la biblioteca episcopal de Vich o a través de medios variados, algunos grandes maestros de la Escolástica, apoyándo-

se substancialmente en Santo Tomás de Aquino, según han venido reconociendo casi todos los que de él se han ocupado. El coetáneo Buenaventura de Córdoba, en su *Noticia histórico-literaria del Dr. D. Jaime Balmes, presbítero*, refiere que «en el colegio no estudiaba más que la teología de Santo Tomás y a esta única obra se reducía su biblioteca» (2). En su *Historia de la Filosofía* el cardenal fray Zeferino González afirma que la base esencial de su filosofía es la filosofía de Santo Tomás, de la que cobra argumentos contra el panteísmo germánico y de la que apenas si se aparta en menudas cuestiones secundarias (3). Mosén Torras i Bages subraya en *La tradició catalana* fue el de Balmes «tomisme clarísim, naturalista, penetrant y segur», bebido directamente en las fuentes originales y no en manuales de los que por entonces poseían boga (4). Juan Vázquez de Mella lo recalca varias veces, sea en el artículo publicado en «El pensamiento español», en 18 de septiembre de 1919 (5), sea en el discurso pronunciado en el teatro Principal de Vich el 10 de mayo de 1903 (6). El cardenal Enrique Pla i Deniel insiste en igual calificación, tanto en la conferencia acerca de *Balmes y el*

(2) Madrid, Eusebio Aguado, 1848, pág. 25.

(3) Madrid, Agustín Jubera, IV (1886), pág. 454.

(4) En las *Obras completas*. Barcelona, Biblioteca Perenne, 1948, pág. 250 b.

(5) En *Obras completas*. Barcelona, Subirana, XVII (1933), pág. 1.

(6) En *Obras completas*, XIX (1933), pág. 56.

sacerdocio pronunciada en 1910 en castellano en la Asociación de eclesiásticos para el apostolado popular (7), cuanto en su otro discurso en catalán leído el 9 de julio de 1907 en la asociación «Catalunya Vella», de Vich, en torno a *L'obra d'en Balmes en la història de la filosofia y en la filosofia de la història*, donde le tiene por «deixeble ilustre de Sant Tomás» (8). Es el título que le asigna Miguel Sancho Izquierdo en su disertación sobre la *Filosofía política de Balmes* en la Escuela social de Madrid en 10 de febrero de 1949 (9), remachado por Martín Roquer Vilarrasa al puntualizar las últimas raíces de *El sentido común* en «*El Criterio*» de Balmes en la conferencia dada en el Ayuntamiento de Vich el 13 de junio de 1943 (10), y por Juan Sainz Barberà en su *Pensamiento histórico-cristiano* (11); todos ellos confirmando el viejo juicio emitido por Benedetto Croce en *Le fonti della gnoseologia vichiana* de que Balmes fue «un dotto e acuto tomista spagnuolo» (12). Bastará la lectura de sus libros para confirmar

(7) Barcelona, Luis Gili, 1910, pág. 1.

(8) Vich, Imprenta Católica de Sant Joseph, 1907, página 14.

(9) Madrid, Gráficas Barragán, 1949, pág. 20.

(10) En la *Memoria de los actos celebrados en la ciudad de Vich en conmemoración del centenario de «El Criterio» de Balmes*. Barcelona, Balmesiana, 1943, pág. 19.

(11) Madrid, Epesa, 1967, pág. 381.

(12) En los *Saggi filosofici*. Bari, Laterza, 1913, página 242.

el tomismo balmesiano, si no fuera tan casi unánime el mote de tomista que le viene siendo asignado. Casi la sola excepción discordante es la del jesuita Eustaquio Ugarte de Ercilla cuando en su *Balmes, polígrafo* tiénelo por suarista más que por tomista (13). Fue este tomismo su mayor éxito de filósofo; mientras que sus compañeros de generación caían en el afrancesado tradicionalismo filosófico, Balmes se atuvo al intelectualismo aquinatense. Su biógrafo y secretario Benito García de los Santos refiere en la *Vida de Balmes, extracto y análisis de sus obras*, que durante cuatro años enteros no leyó otro libro que la *Summa theologica*, salvo el intervalo de hojear *El genio del cristianismo* de Chateaubriand (14).

Hecha excepción cumplida del hontanar común de Santo Tomás, resalta la pavorosa ignorancia por Balmes padecida, no ya solamente de los clásicos juristas y políticos de Cataluña, sino de los grandes maestros de las Españas clásicas en general. Baste abrir al azar cualquiera de sus libros para darse cuenta de ello. Salvo Francisco Suárez y Juan de Mariana, no ha visto ni por el forro ningún clásico de las Españas áureas. Por ejemplo, el capítulo XLIX de *El protestantismo comparado con el catolicismo* está apoyado en Santo Tomás, en el cardenal Roberto Belarmino, en Francisco Suárez

(13) Madrid, Razón y Fe, 1923, pág. 16.

(14) Madrid, Imprenta de la Sociedad de operarios del mismo arte, 1848, pág. 9.

y en algún escolástico dieciochesco de cuarta fila como era el padre Daniel Concina; ¡y trátase nada menos que del capítulo consagrado a analizar las doctrinas de los teólogos sobre el origen de la sociedad! (15). En *La sociología de Jaime Balmes*, Herbert Auhofer se escandaliza al ver como Balmes ignoraba nada menos que a Francisco de Vitoria (16). En su *Balmes, periodista (Enseñanzas y ejemplos)*, Maximiliano Arboleya Martínez subraya los despegos balmesianos hacia la cultura del siglo de oro hispánico (17), cuya explicación no puede ser otra que la de su colosal ignorancia; que es asimismo lo que se deduce del análisis de las fuentes de sus doctrinas llevado a cabo por Fermín de Urmeneta en *Principios de filosofía de la historia (a la luz del pensamiento de Balmes)* (18). Frente a la opinión común en el vulgo de los estudiosos de que Balmes era varón de doctísima formación a la española, lo cierto es que no supo nada de los clásicos españoles en general, ni menos de los clásicos catalanes en particular; que sus estudios se cifran en Santo Tomás y en Suárez, amén de algún escolástico de cuarto

(15) En las *Obras completas*. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, ocho tomos, cita al IV (1949), págs. 510-532.

(16) Madrid, Rialp, 1959, pág. 41.

(17) Barcelona, Librería Católica Internacional, 1914, págs. 16-17.

(18) Madrid, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, 1952, págs. 39-52.

orden; y que, en consecuencia, lo que pueda tener de común con los grandes forjadores del pensamiento tradicional general hispánico o propio catalán son meras coincidencias de intuición, son el producto de su genio nativo, de su condición de catalán sensato, de la inteligencia que adivina sin necesidad de estudio. Pues su tarea fue, de hecho, la aplicación de sus saberes tomistas o suarecianos a la coyuntura de su tiempo.

Balmes es hombre de su hora, no miembro de la tradición intelectual de su pueblo, de la cual hállase totalmente desligado por desmedro de ignorancias crasas. Refiérense sus escritos a la hora que pasa volandera y están atados al correr de la pasajera circunstancia. Los artículos de índole política mueren con las coyunturas que les dieron lugar para nacer, con las bodas de la llamada Isabel II, con los bombardeos de Barcelona por Espartero, con las decisiones del general Narváez, con la defensa de los intereses económicos del clero, con la apología antes de tiempo del proteccionismo aduanero en provecho de la industria textil catalana que ya balbuceaba, con la defensa de las decisiones democratizadoras del Papa Pío IX en la primera etapa liberaloide de su pontificado. Escritos más de periodista al día que de sosegado pensador, en los cuales prescinde de los clásicos hispanos sustituyéndolos con las lumbres de su aguda inteligencia de tuberculoso, con la penetración sutil de la rea-

lidad hija del sentido común de su catalanía nativa. Compuestos al giro del instante carecen de otra doctrina que la de las generalidades de un tomista diestro en aplicar las doctrinas del magno teólogo del siglo XIII; manan del talento, que no de las lecturas. De suerte que nada tienen de enlace directo con la Tradición política de las Españas, ni siquiera con la parcela de esa Tradición que era el legado doctrinal de Cataluña.

Ni tampoco enlazan con la Tradición catalana sus mayores escritos de historiador o de filósofo. Luchando con los afanes imposibles de insertarle en *La tradició catalana* el obispo Torras i Bages buscó pruebas para encontrar únicamente la de las alusiones a la pugna de los «consellers» barceloneses con Felipe IV (19); era toda la menguadísima conexión que pudo topar en *El protestantismo comparado con el catolicismo*. E igual sucede con sus libros de filosofía, sea la *Filosofía fundamental*, sea la *Filosofía elemental*, sea *El criterio*, nacidos llanamente de su talento sobre cañamazos tomistas o suarecianos, aderezados con las primeras exposiciones castellanas del idealismo alemán o refutando a Descartes, pero sin ninguna nota que pueda ligarles con la mole ingente de los clásicos tratadistas hispanos del pensamiento filosófico. Talento agudo, descomunal incultura de la Tradición de las Espa-

(19) J. TORRAS I BAGES: *La tradició catalana*, página 250 b.

ñas: ésa es la verdad histórica de Jaime Balmes.

Con su potente intuición podrá presentir, sin conocerle, lo que su contemporáneo Karl Marx preveía en el desenvolvimiento social de Europa, cual ha indicado Fernando de Sagarra y de Castellarnau en *Encrucijada. Jaime Balmes-Carlos Marx* (20); podrá incluso dictaminar los remedios católicos para las crisis sociales que llegaban, adelantándose a las encíclicas de León XIII, como subraya Maximiliano Arboleya en *Los orígenes de un movimiento social. Balmes, precursor de Ketteler* (21). Lo que no es lícito es la soberana superficialidad de que da muestras el Vizconde de Eza en *Los caminos de la normalidad. La organización del Estado. Balmes, Hauriou y Vázquez de Mella. Las cuestiones de hoy* (Segunda edición de «Miscelánea política»), cuando diga que repite las enseñanzas mismas de un Vitoria, de un Soto y de un Lugo (22), que Balmes no conoció ni siquiera por remotas referencias.

Balmes fue un neoescolástico desasido de las lumbres de los magnos escolásticos de las Españas. Con su singular talento, cumple la tarea inherente a la neoescolástica de traer a Santo Tomás hasta las cuestiones candentes. Hízolo tal vez mejor que otros empeñados en pa-

(20) Barcelona, Ariel, 1957, pág. 31.

(21) Barcelona, Luis Gili, 1912. Sobre todo, en las páginas 36-38, al tratar de sus coincidencias.

(22) Segovia, El Adelantado, s. a., pág. 389.

reja empresa, merced a la superioridad de sus capacidades. Pero sin ninguna conexión con los pensadores hispanos clásicos, a los que no pudo seguir porque ni siquiera los conoció. Hijo de su hora, discípulo de Santo Tomás, sí; pero nunca eslabón de la Tradición hispánica de Cataluña. Se lo impidió su enciclopédica incultura.

3. LA CATALUÑA DE LOS MERCADERES.

¿Qué era, en tal caso, lo que lo encarnaba en Cataluña, al punto de que muchos le hayan diputado por prototipo del catalán que filosofa? La respuesta es sencilla: su temperamento humano, su formación cultural no. Balmes encarna a lo catalán por el temple de su ánimo, nunca porque de clásicos catalanes algo sepa. Clava sus raíces en su pueblo para reaccionar con el «seny» propio de los suyos; mas por llamada íntima, no por saber discreto. Es un catalán que razona a fuer de catalán apoyado en sus talentos; todo lo más en lo que de Santo Tomás o de Francisco Suárez había leído; jamás porque se proponga proseguir la trayectoria del pensamiento de la Tradición catalana, pensamiento del cual andaba en ayunas. Cuando escribe siente en catalán y piensa en tomista, sin sospechar aún los tesoros de la sabiduría consignada en los libros antiguos de su pueblo. Por eso está fuera de la Tradición de Cataluña.

De su temple catalán se han hecho lenguas los críticos, coincidentes unánimes en ponderarlo por nota paralela a la de su tomismo filosófico. Para Herbert Auhofer «Balmes es el catalán burgués, racionalista, conciliador, ajustado a la realidad» (23). Para A. Lugan en su *Balmes* «il était surtout catalan» (24). Para F. del P. Maspons i Anglasesell en *El catalanisme de Balmes* constituye la expresión típica del catalán de su época (25). Para el canónigo ausetano Juan Lladó en su *Balmes y los pensadores católicos españoles del siglo XIX*, es «catalán de pura cepa» (26). Para Lluís Durán i Ventosa da en «l'admirable interpretador del nostre veritable sentit de la vida pública» (27). En su *Jaime Balmes, político* Ernesto La Orden Miracle tiénele por «un catalán representativo» (28).

Burgués y catalán, que estos críticos hermanan quizás por el sentido práctico que parece aunar ambas condiciones, aunque sea el idealismo la tecla contrapuesta del alma catalana

(23) H. AUHOFER: *La sociología de Jaime Balmes*, pág. 62.

(24) París, A. Tralin, 1911, pág. 24.

(25) Barcelona, Joaquim Horta, 1908.

(26) Vich, Imprenta y Librería Ausetana, 1926, página 11.

(27) Lluís DURÁN I VENTOSA: *Presentació* al libro de NARCIS LÓPEZ BATLLORI: *Consideracions sobre el Dret públic en la doctrina de Jaume Balmes*. Barcelona, Bosch, 1954, pág. 10.

(28) Barcelona, Labor, 1942, pág. 165.

que asoma en figuras tan patentes por lo alto y por lo bajo como un beato Ramón Llull o un Santiago Rusiñol. Así Tomás Carreras y Artau en *Antecedentes y primores de «El Criterio», de Balmes* ve en el sentido común característicamente balmesiano el proceder burgués de un buen padre de familia (29), la fuerza estabilizadora de su filosofía en palabras del padre Miguel Florí en *El sentido común en la filosofía de Balmes* (30). Con la excepción aislada de Narciso Roure en *La vida y las obras de Balmes*, quien por lo demás opina lo contrario para mejor polemizar con las tesis positivistas de Hipólito Taine acerca del determinismo con que fuerzan al escritor la raza, el medio y el momento en que se mueve (31), Balmes pasa por el prototipo del catalán, con los defectos y las virtudes que el catalán suele tener.

Lo cual no resuelve el problema ni contesta a nuestra interrogante inicial. Lo que importa es averiguar el concepto que tenía de Cataluña, si la consideraba en función de sus rasgos físicos o económicos, si la estimaba en razón a maneras culturales cual el idioma, o si veía en el Principado un entero cuerpo social, construido a lo largo de los siglos en la lenta, pausada decantación de aconteceres cuajados en

(29) Barcelona, Balmesiana, 1923, pág. 7.

(30) En «Pensamiento». Número extraordinario dedicado a Jaime Balmes. Madrid, III (1947), 39-72.

(31) Madrid-Gerona, Perlado, Páez y Compañía-Dolores Torres, 1910, págs. 1-2, 63-75 y 281.

un sistema de instituciones y en un ordenado conjunto de perspectivas ideológicas.

Por lo que toca a la geografía, Balmes pondera a Cataluña en la manera proporcionada en que menosprecia al resto de las tierras españolas peninsulares. Todo cuanto le encanta de Cataluña es desdén despectivo cuando se adentra en el interior de la península. Es que para él Cataluña es Europa, mientras las otras tierras hispanas no lo son. El 15 de abril de 1843 escribía en «La sociedad» a letra: «Conviene no perder de vista que Cataluña es la única provincia que participa, propiamente hablando, del movimiento industrial europeo, y así sólo en ella se presentarán los nuevos problemas sociales; no en las demás, que, a excepción de cierto movimiento febril y somero, que se observa en la estrecha esfera de la política, continúan en todo lo demás como allá en el reinado de Carlos II. Cuando se pasa de Cataluña al extranjero nada se observa que no sea una especie de continuación de lo que aquí se ha visto. Diríase que el viaje se hace dentro de una misma nación, de una a otra provincia; pero al salir del Principado para lo interior de España, entonces parece que en realidad se ha dejado la patria y se entra en países extraños» (32).

Esta situación de inferioridad del resto de España respecto a Europa débese a la idiosin-

(32) J. BALMES: *Obras completas*, t. V, págs. 942-943.

crasia de las gentes. «Nada se encuentra en ella —dirá Balmes— que no contraste vivamente con la dejadez, la ociosidad, el desaseo que ofenden en otras poblaciones de la Península; todo es allí orden, regularidad y cuanto indica un pueblo muy adelantado en los ramos industrial y mercantil y que hace cada día nuevos esfuerzos para progresar más y más en prosperidad» (33). Cifra de sus antipatías a Madrid, donde no hay «ni agricultura, ni industria, ni comercio»; apenas si es Madrid para Balmes la «inmensidad de empleados, con sus oficinas, su orgullo tradicional, su olvido del país que gobiernan» (34). O sea, lo que para Balmes contrapone Cataluña al resto de los pueblos españoles es un factor económico: la prosperidad industrial frente al atraso en el nivel de vida. Nada, pues, de Tradición, de historia viva, de dimensiones culturales cuajadas en una realidad sociológica ni mucho menos política. La Cataluña de Balmes está definida con criterios económicos.

Lo que de cultural pudiera haber queda reducido al uso del idioma, y eso en los círculos de la actividad privada. Sus tres testamentos están redactados en catalán (35), reza el rosario en la lengua materna, según cuenta el se-

(33) J. BALMES: *Obras completas*, t. V, pág. 973.

(34) J. BALMES: *Obras completas*, t. V, pág. 929.

(35) Pueden verse en las *Obras completas*, t. I (1948), págs. 839-896.

cretario Benito García de los Santos (36). El resto de sus escritos, salvo el diminuto *Conversa de un catalá de montanya sobre lo Papa* (37) y algún verso como el que en 1844 enderezara a su cofrade Valentín Llover (38), están redactados en castellano. Incluidas sus cartas privadas a condiscípulos o amigos catalanes. Para Balmes la lengua catalana era negocio privado, carecía de universalidad cultural, era incapaz de alcanzar valores literarios. Y eso que la *Oda a la Patria*, de Buenaventura Aribau había sido escrita cuando apenas pasaba los veinte años. Balmes permanece extraño a la valía de la lengua catalana como instrumento cultural, quizás porque era insensible a cualquier consideración de Cataluña que no fuese la económica. No ve a Cataluña más allá de los telares y de las tiendas. No es pensador sino en la medida en que pudiera serlo un mercader, sin alas de poeta ni ilusiones de patriota. Era demasiado ramplón para elevarse a una visión cultural, y no digamos política, de Cataluña. Escribe o reza en catalán porque así era el uso entre los suyos; pero rechaza por inútil al idioma desde las atalayas de sus oportunismos del momento. Pocos hombres han habido más ciegos para la intelección de lo que Cataluña es.

(36) B. GARCÍA DE LOS SANTOS: *Vida*, pág. 668.

(37) J. BALMES: *Obras completas*, t. V, págs. 51-58.

(38) J. BALMES: *Obras completas*, t. VIII (1950), págs. 770-771.

4. LAS ESPAÑAS COMO MERCADO.

Por eso es por lo que nunca fue separatista, porque desde el ángulo de la economía el separatismo acarrearía la ruina del Principado. Cuando J. Ruiz i Calonja en el *Panorama del pensament catalá contemporani* refiere la «seva visió clara del fet diferencial» (39), manejando una palabreja ya desechada hace muchos años del lenguaje de estas problemáticas a fuer de inexactamente ridícula, no ha entendido en absoluto al Balmes ignorante del legado cultural de Cataluña, a no ser que Ruiz i Calonja participe también de la mezquina concepción económica que Balmes tuvo del Principado. Mucho más certeros son J. Solé-Tura y F. Vallverdú cuando en *Un segle de vida catalana*, ponen de relieve como para Balmes Cataluña es pura suma de factores económicos, que para el sacerdote de Vich «Catalunya es un problema de base económica» (40).

Cuando Balmes rechaza la solución separatista emplea argumentos de mercado y de negocio. No se plantea el hispanismo de Cataluña, ni que la gente catalana haya participado gloriosamente en la hazaña universal de las Españas católicas, ni que el conde de Barcelona porte la sangre de los Wifredos y los Jau-

(39) Barcelona, Editorial Vicens-Vives, 1963, página 86.

(40) Barcelona, Alcides, 1961, pág. 417.

mes. Para su estrechez ideológica la historia nada cuenta en el presente. Ni siquiera sabe nada de la tremenda secular hostilidad de los catalanes contra Francia. Nada de esas altivas problemáticas elevadas. Si el separatismo es inadecuado para Balmes será por razones har- to más menguadas primero, porque es imposi- ble; segundo, porque arruinaría al Principado.

Dirá que el separatismo es imposible, pues cae en ilusión vana que jamás tolerarían las potencias europeas, ya que supondría la quie- bra del equilibrio de poder en que el concierto europeo se basa. «Sin soñar —son sus pala- bras— con absurdos proyectos de independen- cia, injustos en sí mismos, irrealizables por la situación europea, insubsistentes por la propia razón e infructuosos además y dañosos en sus resultados; ... sin entregarse a vanas ilusiones de que sea posible quebrantar esa unidad na- cional, ... desenvuelta por el espíritu de la épo- ca y sancionada con los principios y sistemas de las legislaciones y costumbres de las demás naciones de Europa» (41).

Y el separatismo es dañino porque el pro- blema central de la Cataluña suya era la con- quista del mercado del resto de España para la industria catalana, en especial para los pro- ductos de la industria textil. A juicio de Bal- mes, de separarse del resto de España Catalu- ña perdería el mercado para sus fábricas, el

(41): J. BALMES: *Obras completas*, t. V, págs. 929-930.

cual pasaría a ser presa de Inglaterra. La industria catalana necesita para vivir del proteccionismo otorgado por Madrid, de suerte que la solución separatista traería por consecuencia inevitable matar la prosperidad de Cataluña. Cataluña debe ser española para poner «di-que a las codiciosas exigencias de Inglaterra» (42). El supuesto hispanismo catalán de Jaime Balmes consiste en la defensa de los intereses de los telares catalanes, en evitar que Inglaterra les arrebatase el mercado del resto de España. «Lo hemos dicho y lo repetiremos: la cuestión de los algodones ingleses se reproduciría bajo mil formas si es menester, y atormentará sin cesar la industria catalana hasta que ésta pueda competir con su rival o desaparezca. Vano es hacerse ilusiones en sentido opuesto; el tiempo se encargaría de desvanecerlas, y la imprevisión y el descuido sufrirían duro castigo. Así, aun cuando se ofreciesen las circunstancias más satisfactorias y en que se alcanzasen las mayores seguridades, conviene no dormir tranquilo; es necesario, urgente, el prevenirse para nuevas complicaciones que de un modo u otro no dejarán de presentarse. Que prevalezcan los progresistas o los moderados, que triunfe el absolutismo o la república, la Inglaterra no abandonará su puesto; allí estará con su refinada diplomacia, con su astucia proverbial, con su oro seductor, con su pa-

(42) J. BALMES: *Obras completas*, t. V, pág. 933.

ciencia incansable, y sobre todo con su excesiva abundancia de artefactos y, por tanto, con su imperiosa necesidad de vender» (43). No existen en Balmes motivos superiores a los económicos que justifiquen el hispanismo de Cataluña. Para él Cataluña no puede ser separatista porque eso equivaldría a ceder a Inglaterra el mercado peninsular, a transformar el resto de España en colonia económica de Inglaterra. Si Balmes es españolista es para que España entera sea la colonia económica de Cataluña.

Por eso caen por sencillamente ridículos los juicios enfervorizados en los que apellídase a Balmes «exponente de Hispanidad», como afirma Vicente Feliú Egidio en *El pensamiento de Balmes en orden a la filosofía de la historia* (44) o el Marqués de Lozoya en su *Prólogo a la tesis doctoral de José Corts Grau sobre el Ideario político de Balmes* (45). Pues Balmes no tenía la más mínima idea de lo que eran las Españas, ni por saber ni por sentires. En su obra hay un completo «desconocimiento de Hispanoamérica», por repetir las palabras de Ernesto La Orden (46). Todo lo más a que llega es a negar que nuestra raza sea la misma de la de los pueblos hispánicos de América, para

(43) J. BALMES: *Obras completas*, t. V, pág. 935.

(44) Madrid, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, 1952, pág. 302.

(45) Madrid, Gráfica Universal, 1934, págs. V-XV.

(46) E. LA ORDEN: *Jaime Balmes, político*, pág. 204.

así justificar su desinterés por ellos en el artículo *Españoles americanos* aparecido en «La civilización» de diciembre de 1841 (47). Lo único que le interesa de los pueblos hispánicos allende los mares son sus relaciones con el Papado, en el artículo segundo de la serie acerca de la *Situación del clero y urgente necesidad del concordato*, incluido en «La Sociedad» del 1 de mayo de 1843 (48), a fuer del vaticanista estrecho y del no español que en el fondo era. En América mira a Roma, nunca mira a las Españas.

5. BALMES Y LOS DEFENSORES CONTEMPORÁNEOS DE LA TRADICIÓN CATALANA.

Su ignorancia y su pedestre visión de Cataluña manifiéstase en la hostilidad de Balmes contra todo lo que pueda significar la restauración de la Tradición institucional o jurídica del Principado. Pasó a la vera de los tradicionalistas catalanes, igual que había pasado a la vera de Buenaventura Aribau en 1833 o de Joaquim Rubió i Ors, «lo Gayter del Llobregat», en el certamen convocado en 1843 por la Academia de Buenas Letras de Barcelona; sin enterarse de la vitalidad, sea política, sea literaria, de Cataluña.

(47) J. BALMES: *Obras completas*, t. VI (1950), páginas 148-171.

(48) J. BALMES: *Obras completas*, t. VI, pág. 227.

Y eso que en su tiempo fueron precisamente dos escritores catalanes quienes plantaron la bandera del retorno a los Fueros, después de la castellanización que culminara con la actuación de los representantes del Principado en las Cortes de Cádiz. Es en diciembre de 1842 cuando Vicente Pou estampaba en Montpellier su librito *España en la presente crisis. Examen razonado de las causas y de los hombres que pueden salvar aquella nación*, donde enfocaba los problemas por encima de la contienda dinástica, en el terreno acertado de los principios, con arreglo a la auténtica Tradición catalana de lo que Pou denominó la «libertad verdadera» y que en el lenguaje carlista de hoy entendemos como libertades concretas. Y es en 1843 cuando Magín Ferrer daba a luz dos tomos de su magno tratado *Las leyes fundamentales de la Monarquía española, según fueron antiguamente, y según conviene que sean en la época actual*, donde por vez primera se bosquejan los puntos cardinales que reverdecieron en 1864 en el *Manifiesto* de la Princesa de Beira y que los carlistas de hoy hemos recogido en *¿Qué es el Carlismo?* (49).

Balmes no se enteró ni por asomo de que la Tradición catalana poseía valores objetivos, centrados en la restauración de las instituciones forales, holladas con saña por el francés Felipe V. Polemizando con Francisco Martínez

(49) Madrid, Escelicer, 1971.

Marina, Magín Ferrer había puntualizado la contraposición entre la libertad abstracta de la revolución y las libertades concretas de la Tradición política catalana, oponiéndose al intento de hacer pasar por libertades a la española las teorías recogidas en el texto de la Constitución gaditana, que no eran más que versión vergonzante de las de la francesa de 1791. Magín Ferrer tacha a Martínez Marina de «inconsecuente» (50), de «publicista de mala fe» (51), de dar en arbitrario manejo de las fuentes (52), de visionario (53). Contra estas manipulaciones, Ferrer pone por modelo el antecedente de lo que con cierta impropiedad llamó el «congreso» de Caspe (54); al paso que alza enhiesta la bandera de los Fueros como conjunto de las «leyes principales» de Cataluña (55), sistema propio de las «antiguas libertades y de veneradas leyes fundamentales» (56), destruidas

(50) Barcelona, Pablo Riera, 1843. Cita al tomo I, página 149.

(51) MAGÍN FERRER: *Las leyes fundamentales*, t. I, pág. 40.

(52) M. FERRER: *Las leyes fundamentales*, t. I, página 43.

(53) M. FERRER: *Las leyes fundamentales*, t. I, página 65.

(54) M. FERRER: *Las leyes fundamentales*, t. I, página 341.

(55) M. FERRER: *Las leyes fundamentales*, t. I, página 339.

(56) M. FERRER: *Las leyes fundamentales*, t. I, página 349.

«como pena» con que Felipe V persiguió a sus oponentes dinásticos, sacrificando la Tradición política de catalanas libertades a su absolutismo despótico a la francesa (57). Contra los «abusos en el reinado de Felipe V» (58), Magín Ferrer reclama la restauración de los Fueros catalanes, incluida la restauración de las Cortes del Principado, bien que en la composición las actualice con arreglo a lograr la representación auténtica de las fuerzas sociales en el siglo XIX (59), tan distinta de la realidad social del siglo XV. Esto es, actualizando el legado de la Tradición de Cataluña, pero contemplando siempre la existencia del Principado como cuerpo *a se*, política, cultural y sociológicamente.

Balmes no entiende este lenguaje, porque para él lo que cuenta es la economía. Contra la Tradición catalana abanderada en su integridad gloriosa por Magín Ferrer, Balmes recorta Cataluña a los telares y las tiendas, a los tejidos y a la venta de mercaderías. No cabe mayor contraste que éste entre la gloria y la ramplonería, entre la Tradición y los negocios, entre el ideal y los dineros, entre la Historia que prosigue y el oportunismo del momento. Mentira parece que entre carlistas Luis Ortiz

(57) M. FERRER: *Las leyes fundamentales*, t. I, páginas 347-348.

(58) M. FERRER: *Las leyes fundamentales*, t. II, página 135.

(59) M. FERRER: *Las leyes fundamentales*, t. II, páginas 129-148.

Estrada haya postulado un retorno a Balmes en su *Vayamos a Balmes* (60) o que Melchor Ferrer le haya querido considerar por carlista en su *Historia del tradicionalismo español* (61); claro que basta con leer las pruebas que aporta para, sin necesidad de acopio de comentarios, concluir lo lejos que Balmes estaba de la Tradición de Cataluña, la cual ignoró en los clásicos y en los contemporáneos, en sus instituciones y en su espíritu, desde la mezquinidad de sus oportunismos de portavoz de la burguesía europeizada de la Barcelona del segundo cuarto del siglo XIX. En lugar de los santos y de los héroes, de los reyes y de los escritores de la Cataluña tradicional, hablan por su boca los mercaderes. Es casi imposible concebir antítesis mayor que la del sacerdote de Vich respecto a lo que la Cataluña tradicional sea.

Bien lo demuestra su enemiga a los Fueros, los Fueros que son la cristalización de la Tradición catalana. Amonesta a los catalanes coetáneos contra la vana ilusión de creer en la formalidad de las libertades concretas. En sus palabras mismas: «Cuando se le diga que es posible resucitar su antiguos fueros, convocar sus cortes y obligar a los monarcas de Castilla a que hagan pronunciar la antigua fórmula: *Plau*

(60) En «Misión», de Madrid, núm. 347, correspondiente al 8 de junio de 1946.

(61) Sevilla, Editorial Católica Española, s. a., XVIII, págs. 41-53.

al senyor Rei, crea firmemente que se le brinda con ilusiones incompatibles con el espíritu del siglo» (62). Lejos de rebelarse contra la barbarie niveladora, antihistórica, europeizante y antihispánica del francés Felipe V, Balmes da sin más por liquidados los Fueros que Felipe V había aplastado y da sin más por bueno el hecho de que Cataluña «se vio reducida por el fundador de la dinastía de Borbón a la misma línea de las provincias sobre las cuales había pasado ya el poder nivelador de los reyes» (63). Son los Fueros para Balmes cadáver bien enterrado, cuya restauración no vale la pena de ni siquiera plantearse. «El provincialismo —dirá llamando así a la catalanía foralista— que venía enflaqueciéndose de mucho tiempo atrás, no pudo resistir a tan duro golpe, y los restos que de él pudieran quedar en las tradiciones y costumbres del país fueron desvaneciéndose durante el siglo XVIII» (64). La revolución consumó la hazaña de Felipe V asesinando a la Tradición catalana (65). Son un hecho histórico más que superado. La cosa sola que admitirá el curita metido a político será la de reconocer hubo una tradición de libertades forales; pero nada más. «No puede negarse que Cataluña disfrutaba aún en el siglo XVII de fueros, privilegios y libertades que

(62) J. BALMES: *Obras completas*, t. V, pág. 937.

(63) J. BALMES: *Obras completas*, t. V, pág. 978.

(64) *Ibid.*

(65) J. BALMES: *Obras completas*, t. V, pág. 979.

le daban una organización social y política especial y que, estando muy en oposición con el sistema que regía en otros puntos de España, no le permitía amalgamarse con los demás pueblos bajo el cetro de los monarcas de Castilla» (66). Eso es todo, para él ahora carecen de ningún sentido.

Lo que cuenta para el oportunista Balmes es que la burguesía de Barcelona sigue las ideas de la Revolución francesa, sin cuidarse poco ni nada de los antiguos Fueros. Allí nadie está movido por «el deseo del restablecimiento de los antiguos fueros» (67). Aunque por lo demás se vea forzado a reconocer que sí enarbola la Tradición foral el Carlismo, o, en sus palabras despectivas, «la causa que más sostenedores encontraba en los habitantes de la montaña» (68). Es la contraposición descrita en *El Catalán montañés*, en cuyos pechos «las tradiciones de todas clases tienen su natural asiento» (69), y la Barcelona donde han desaparecido «las piadosas costumbres de nuestros mayores». (70).

Lo que sucedió es que Balmes, arrastrado de su crasa ignorancia de lo que Cataluña es, no ve en los carlista de la montaña más que católicos ejemplares, sin considerarlos jamás

(66) J. BALMES: *Obras completas*, t. V, pág. 977.

(67) J. BALMES: *Obras completas*, t. V, pág. 974.

(68) *Ibid.*

(69) J. BALMES: *Obras completas*, t. V, pág. 900.

(70) J. BALMES: *Obras completas*, t. V, pág. 910.

los portavoces efectivos de la Tradición foral y monárquica que teorizaban Vicente Pou y Magín Ferrer. Con mayores aciertos, medio siglo después Joseph Pella y Forgas reconocerá en su *Llibertats y antich govern de Catalunya* que los «realistas y carlins de las guerras contemporanis» eran los herederos de las libertades tradicionales del Principado frente a los liberales partidarios de la dinastía usurpadora (71). Para Balmes no merecían ningún reconocimiento. Político pragmático, las gentes carlistas son para él mero instrumento para lograr sus designios políticos.

6. CONCLUSIONES.

Porque Jaime Balmes es quien inaugura esta ya larga y triste retahíla de los polítiquillos de ocasión, empeñados en aprovecharse del Carlismo como medio de medrar sus propios programas personales. Comprando al Carlismo con adulaciones de buenas palabras, quieren llevar a los carlistas al término de que cándidamente apoyen lo que en cada instante les interesa. No miran al Carlismo más que como masa de ingenuos bobalicones, aptos únicamente para sacar del fuego las castañas que luego ellos se comerán. Desde Jaime Balmes hasta Rafael Calvo Serer y sus congéneres, son muchos quienes han intentado el mismo juego: utilizar al Carlismo para escalar los peldaños

(71) Barcelona, Francesch Puig, 1905, pág. 49.

del poder y pisotear al Carlismo después de haberse valido de los carlistas para la personal escalada, con la agravante de menospreciarlos tomando por necedad lo que era ingenuidad honrada. No es preciso citar nombres, porque resulta fácil identificarlos a lo largo de los últimos ciento treinta años.

Muéstralo con nitidez bastante la biografía de Jaime Balmes.

Hijo de un modesto talabartero, entre peletero y sombrerero, favorecido con beca para estudiar en el Colegio de San Carlos de la Universidad de Cervera, licenciado en teología el mismo año de la muerte de Fernando VII, Balmes fracasa en cuantas oposiciones emprenda sucesivamente a una cátedra de teología en la misma Universidad y a una canonjía en Vich, viendo al mismo tiempo como triunfaban sus amigos en la carrera académica, cuales el José Ferrer y Subirana, luego colaborador en «La Sociedad», vencedor de la cátedra de Derecho Natural en Barcelona. Balmes hubo de contentarse con una modestísima plaza de profesor de matemáticas en cierta academia fundada a finales de 1837 por el Ayuntamiento de Vich; esto es, a la obscuridad de los olvidos. En el desánimo de esta vida obscura transcurren varios años, hasta que en 1838 la revista mensual «El madrileño católico» sacó a concurso una memoria acerca de los problemas del clero, concurso ganado por Balmes con sus *Observaciones sobre los bienes del clero*, que valióle

súbita notoriedad. Con ella inicia su carrera de periodista católico, fundando en agosto de 1841 «La civilización» y en marzo de 1843 «La sociedad». Desde esta tribuna periodística le atrajeron lo que su mejor biógrafo, el jesuita Ignacio Casanovas, llama «las cuestiones políticas palpitantes» (72).

Aumentaron su fama los contactos con la cultura francesa, por él cultivados con menosprecio de los clásicos españoles y en su creencia de que Cataluña era más francesa que española, de que, como decía, «en Cataluña tenemos la civilización española y la cultura francesa» (73). Opinión añeja en él, ya que, como certifica Narciso Roure en *La vida y las obras de Balmes*, «leía mucho los escritores franceses, y vése con frecuencia en sus escritos las huellas de los mismos» (74). Montado en la ola de la fama, entró en la política, ocurriéndosele la consabida fórmula, que tantos imitadores ha tenido luego: la de utilizar al Carlismo en provecho de sus fines.

Bien que de familia tenida por «negra» (75), jamás se pronunció sobre el Carlismo, conservando delante de sus compañeros de estudio

(72) En las *Obras completas*, t. I, pág. 351. Cito la *Biografía* del padre CASANOVAS por la versión condensada del padre Miguel FLORÍ en el tomo primero de las *Obras completas*, edición citada.

(73) J. BALMES: *Obras completas*, t. VIII, pág. 337.

(74) N. ROURE: *La vida y las obras de Balmes*, página 46.

(75) I. CASANOVAS: *Biografía*, pág. 124.

actitud reservada que alguno de ellos, el solsonés Capella, definió por exquisitamente cauta (76). Cuando Carlos V creó en el monasterio de La Portella una nueva Universidad carlista bajo la égida del antiguo maestro que Balmes tuviera en Cervera, el dominico Francisco Xarrié, no quiso ni oír hablar de trasladarse allá, antes prefería ir a trabajar a Barcelona (77). Para él la guerra carlista era una más de las que definió en 1841 «nuestras lamentable discordias civiles» (78).

Todo cambió cuando concibió la oportunidad de aprovechar al Carlismo poniéndolo al servicio de la consolidación del trono de la dinastía usurpadora, que fue la grande meta de Balmes según declaró expresamente en «El pensamiento de la Nación» en 1845 al precisar que, caso de verificarse el matrimonio de la llamada Isabel II con el Conde de Montemolín, «el trono de Isabel, lejos de arruinarse, se afirmaría recibiendo un auxilio tan poderoso como lo es el partido carlista» (79). Claro queda, pues, por confesión propia, que Balmes no pensó jamás en salvar los derechos de la Legitimidad: lo que pretendía era valerse del Carlismo para afianzar la usurpación.

Para ello aduló al que luego fuera Carlos VI,

(76) I. CASANOVAS: *Biografía*, pág. 177.

(77) I. CASANOVAS: *Biografía*, pág. 129.

(78) J. BALMES: *Obras completas*, t. VII (1950), pá-

(79) J. BALMES: *Obras completas*, t. VII (1950), página 229.

ponderando sus «sentimientos elevados», debidos —nótese el rasgo porque basta para definir quien era Balmes— a que es «un príncipe que respira por espacio de catorce años el aire de la civilización europea en los países más adelantados» (80). Postula el matrimonio desde la legitimidad del novio; porque parte del supuesto de que «la reina tiene un derecho indisputable a usar de sus prerrogativas y funciones constitucionales» (81). A ojos de su secretario, Benito García de los Santos, el planteamiento era «admirable» (82). Para los carlistas supone negar de raíz las razones últimas del Carlismo.

Y esto lo hace un clérigo metido a político, que a quien admira de verdad sobre todos es a Francisco Martínez de la Rosa, a «Rosita la pastelera», como ha demostrado sobradamente el padre Ignacio Casanovas (83). En aquella conspiración balmesiana para sacrificar al Carlismo al servicio de la dinastía liberal, lo que cuenta son las masas carlistas, porque son la mayoría del país y hay que utilizarlas a fin de que Balmes asegure el trono a Isabel y se cimiente por el conciliador de todos los españoles. Dice padre Casanovas a este respecto como «desde el primer momento de su

(80) J. BALMES: *Obras completas*, t. VII, pág. 645.

(81) J. BALMES: *Obras completas*, t. VII, pág. 799.

(82) B. GARCÍA DE LOS SANTOS: *Vida de Balmes*, página 32.

(83) I. CASANOVAS: *Biografía*, pág. 365.

actuación política tuvo la mira puesta en este partido, que amaba y admiraba, sin que nunca se hubiese significado en favor de sus ideas, ni mucho menos mezclado en sus luchas». Es que Balmes «reconocía que la masa más importante y más sana del pueblo estaba afiliada a este partido, y que él era quien mejor representaba los grandes intereses que eran la carne y la sangre de la nación» (84). Que el ideario del Carlismo no le interesaba queda más que patente para quien lea el artículo *Los dos escollos*, firmado en París el 24 de mayo de 1845 para ser publicado el 4 de junio en «El pensamiento de la Nación»; allí aparecen tachadas de tremendos errores tanto la ideología liberal como el pensamiento tradicionalista, ambos en pie de igualdad en sus equivocaciones. Y lo dice Balmes con su audacia característica ¡mientras ignora lo que sea la doctrina tradicional! Lo que le interesó es aparecer por el político conciliador que rechaza a ambos, Carlismo y liberalismo, puesto que «la razón, la justicia, la prudencia, no se acomodan con ninguno de estos extremos» (85). Frente a la incauta opinión de Melchor Ferrer y de Luis Ortiz Estrada, antes aludida, tenía más que sobrada razón José Elías de Molins en su libro *Balmes y su tiempo, España. Estudio inspirado en las obras sociales y políticas de aquel eximio escritor*, al asentar como «Balmes, sin

(84) I. CASANOVAS: *Biografía*, pág. 458.

(85) J. BALMES: *Obras completas*, t. VII, pág. 213.

embargo, no era carlista, sino profundamente dinástico y devoto a la reina, a pesar de no haber sido cortesano y no haber estado jamás en palacio» (86).

Lo que Balmes intentó fue la destrucción del Carlismo, tanto en el aspecto dinástico cuanto en el ideológico. En el dinástico, sacrificando la legitimidad a la seguridad del trono de la reina usurpadora; en lo ideológico, liberalizando al Carlismo bajo color de actualizarlo, al quebran la férrea solidez con que indisolublemente se enlazan los cuatros postulados del lema tradicional. No participo yo, por tanto, de la opinión de A. de Blanche-Raffin en su *Jacques Balmes, sa vie et ses ouvrages*, según la cual llegó a ser carlista con el tiempo, por más que no lo fuese en sus comienzos (87); porque se trata solamente de los buenos deseos de aquel fervoroso legitimista francés, en abierta contradicción con los hechos y con los textos. Ni mucho menos me parece quepa admitir la opinión de José Pedro Galvão de Sousa al prologar la edición brasileña de *El criterio*, a tenor de que Balmes procuró «harmonizar as correntes tradicionalistas que se degladiavam numa incompreensão da gravidade do momento quando deviam estar unidas em face da

(86) Barcelona, Imprenta Barcelonesa, 1906, página 236.

(87) París, Sagnier et Bray-Auguste Vaton, 1849, página 246.

maré montante das forças da Revolução» (88); porque precisamente lo que se propuso fue lo contrario: debilitar las fuerzas del Carlismo, las auténticas fuerzas contrarrevolucionarias, poniéndolas al servicio de la dinastía que encarnaba a la revolución. Ni tampoco se habrá de admitir, por idénticos motivos, la actitud pacificadora de Balmes propuesta por José F. Acedo Castilla en su *Jaime Balmes, político de concordia* (89); porque la concordia pretendida por Balmes es concordia apaciguadora de la Revolución, no barrera contra las demasías revolucionarias. Ni menos todavía me parece lícito definir a Balmes por «prodigi de la tradición», según proclamaba Miquel dels Sants Oliver en la conferencia pronunciada el 9 de julio de 1914 en el Ayuntamiento de Vich, bajo el título *Balmes en son temps* (90). Porque Balmes es la negación tajante de la Tradición catalana, por ignorancia y por politequería oportunista.

Balmes es quien intenta pactar con la Revolución, salvando de ella lo salvable, no quien busca rehacer la Tradición de Cataluña. Pascual García Cabello lo comprendió perfectamente en su *Vindicación de los principios polí-*

(88) JOSÉ PEDRO GALVAO DE SOUSA: *Prefacio a O Critério*. Sao Paulo, Anchieta, 1948, pág. 1.

(89) Sevilla, Editorial Católica Española, 1951, página 39.

(90) En sus *Obres completes*. Barcelona, Excelsa, 1948, pág. 968.

ticos del presbítero don Jaime Balmes ya en el mismo año de su muerte cuando resumió así el pensamiento balmesiano: «Nosotros hemos tratado de profundizar, según lo han permitido nuestras débiles fuerzas, la base fundamental sobre la que estriban los principios políticos del señor Balmes; hemos creído hallarla consignada en estas palabras: No destruir cuanto la revolución ha levantado, ni levantar cuanto la revolución ha destruido» (91).

La Tradición catalana estaba sólidamente firme en el Carlismo, en los guerrilleros heroicos, en los maestros de La Portella, en Vicente Pou y en Magín Ferrer. Balmes quiso utilizarlo para cimiento de sus sueños políticos de acomodaciones renunciadoras, hasta que éstos vinieron a tierra al casar la llamada Isabel II con su primo Francisco de Asís. Desde entonces no quiso saber más nada de aquel Carlismo, ya que no podía servirle como instrumento político de sus ambiciones. Las cuales se tornaron hacia el Vaticano, por lo cual vino en el *Pío IX* a justificar todos los liberalismos que antes hubo cerradamente condenado. Es el Balmes fiel a su verdadera calidad, la del vaticanista oportunista, para quien nada cuentan las firmezas del tradicionalismo ideológico. Ante el *Pío IX* los defraudados carlistas comprendieron el alcance de la maniobra a que habían estado expuestos y le atacaron con du-

(91) Madrid, Espasa-Calpe, 1939, pág. 14.

reza suma. Abrió fuero «La Esperanza», dirigida por su otrora buen amigo don Pedro de la Hoz. El mercedario Magín Ferrer vio confirmada en el *Pío IX* su predicción de que Balmes andaba los mismos pasos que anduviera Lamennais (92). En sus *Reflexiones sobre los escritos del presbítero don Jaime Balmes*, Tomás Mateo demostraba lo variable de su oportunismo historicista, carente de las inconmovibles bases sólidas del pensamiento cristiano, desnudando la verdad de que Balmes cuidaba más de atemperar sus ideales a las circunstancias de su siglo y hasta de su hora, que de establecer convicciones invariables (93).

Pudieran confirmarlo las loas recibidas de sus auténticos herederos espirituales: los canovistas, los fautores de la democracia cristiana y otros semejantes. Entre los canovistas de variado cuño y tiempo Juan A. de Zulueta al presentarle en su *Balmes y la verdad* por precursor del canovismo plausible (94); José María Ruiz Manent en su *Balmes, la libertad y la Constitución*, al pintarle por precedente de la Constitución de 1876 (95); su mellizo Alejan-

(92) Lo resalta al propio Balmes José CAIXAL en carta fechada en Tarragona el 27 de enero de 1848 e incluida en las *Obras completas*, t. I, pág. 887.

(93) Madrid, T. Aguado, 1848. Sobre todo, en las páginas 46-49.

(94) Artículo en «A B C», de Madrid, del 28 de septiembre de 1962.

(95) Madrid, Estudios Políticos, Sociales y Económicos, 1929, págs. 105-146. En el capítulo titulado

dro Pidal en la conferencia sobre *Balmes y Donoso Cortés*, que es la trigésimo octava del curso celebrado en el Ateneo de Madrid sobre el tema *La España en el siglo XIX*. Al definirle precursor del acercamiento de los carlistas al alfonsinismo (96). Entre los fautores de la democracia cristiana el cardenal Angel Herrera Oria, para quien Balmes era «el primer talento político del siglo XIX» (97); José Larraz López, en la conferencia en Vich el 9 de julio de 1948 titulada *Balmes conciliador de las fuerzas antirrevolucionarias*, el cual elogia precisamente en Balmes haber intentado aprovecharse del Carlismo, puesto que para el señor Larraz el Carlismo no era más que un «gravísimo error de ingentes consecuencias» (98); el presbítero Clemente Villegas, al proponer como modelo de la *Ejemplaridad de Balmes* su exclusivo vaticianismo, a prueba de reniegos y de contradicciones (99); José Corts Grau al celebrar su tolerancia en la tesis doctoral sobre el *Ideario político de Balmes* (100); Alberto Martín Artajo, al ponderar el pragmatismo político bal-

«La Constitución del 76, precipitado del pensamiento de Balmes».

(96) Madrid, Antonio San Martín. Tres tomos. Cita al III (1887), págs. 488 y 463.

(97) Citado por Luis RIBA en la página 230 de su *Balmes*. Vich, Sala, 1955.

(98) Vich, Ayuntamiento, 1948, pág. 7.

(99) Barcelona, Balmesiana, 1946, págs. 39-41.

(100) José CORTS GRAU: *Ideario político de Balmes*, págs. 68-73.

mesiano en su artículo *Jaime Balmes, el más alto intérprete del pensamiento político nacional* (101). Entre los de diverso grano, pero coincidentes en los planteamientos no carlistas de Balmes, Fernando Valls y Taberner en la conferencia dicha en Vich el 12 de julio de 1939 sobre *Balmes ante el problema constitucional de España*, al presentarle prejuzgando el decreto de unificación de 1937 (102); Juan Bautista Solervicens en el prólogo al libro *Balmes. Antología de sus escritos políticos*, definiéndole por el pacifista que busca lograr la paz costase lo que costase (103). Alejandro Rodríguez de Valcárcel al repetir esta idea en su *Balmes, hombre y político de la armonía* (104). Herbert Auhofer en *La sociología de Jaime Balmes*, describiéndole como el periodista que cumple en el segundo cuarto del siglo XIX la misma misión que en nuestros días lleva a cabo Rafael Calvo Serer (104). Por lo que puede fácilmente colegirse herederos del estilo político y cultural que Balmes representó de hecho frente al Carlismo, en cuanto el Carlismo abanderaba la verdadera Tradición de Cataluña.

(101) En «El Debate», número extraordinario de febrero de 1934, págs. 60-61.

(102) Vich, Viuda de L. Anglada, 1939, pág. 19.

(103) Madrid, Espasa-Calpe, 1939, pág. 14.

(104) Vich, Anglada, 1972, pág. 6.

(105) H. AUHOFER: *La sociología de Jaime Balmes*, pág. 215.

Fracasada su actuación política en Madrid, Balmes regresa a Barcelona para defender a Pío IX en las erradas lunas de miel del que después fue el glorioso papa del *Syllabus* con la revolución romana. La tuberculosis cortó una existencia que habría posiblemente alcanzado la honra suprema de un capelo cardenalicio. Y es de suponer que, de regreso a Barcelona, ya olvidado por completo del Carlismo puesto que ahora para nada podía servirle, seguiría las hábitos de su vida privada, tal como los relata el fiel Benito García de los Santos; diría la santa misa en veintidós minutos, adelantándose a una de las modas post-conciliares hoy frecuentes; y, en la misma línea de los sacerdotes después del Concilio Vaticano Segundo, cumpliría el retrato que hoy nos queda: «Su trage era sencillo —narra García de los Santos—. Cuando iba a la iglesia siempre llevaba hábitos; para visitas y paseo usaba trage de seglar: levita o gabán, pantalón de paño o de merino, según las estaciones, chaleco y corbata de raso; todo negro; guantes y bastón. En su casa siempre usaba el alzacuello. En invierno salía de capa. El reloj era una saboneta-cilindro de oro pendiente de un cordón negro de seda. La clase de sus ropas era de la mejor» (106).

Mientras la Tradición catalana seguía su áspero camino de adversidades bajo las bande-

(106) B. GARCÍA DE LOS SANTOS: *Vida de Balmes*, pág. 665.

ras del Carlismo, Balmes, que ya no se importaba del Carlismo para nada, seguía su plácida existencia de cura vestido de paisano.

De lo analizado se deduce:

a) Que Balmes ignoró la Tradición de Cataluña, sea la remota de los Eiximenis y de los Mieres, sea la cercana de los Gilabert y los Feliú de la Penya, sea la coetánea de los Pou y los Ferrer.

b) Que su incultura es notoria en lo que a la Tradición de las Españas se refiere, recordada a Francisco Suárez y a Juan de Mariana.

c) Que tampoco le importaba mucho conocer la Tradición de su pueblo, puesto que su concepción de Cataluña es entecamente económica y su visión de las Españas se reduce al posible e irrenunciable mercado que un proteccionismo privilegiado pudiera proporcionar a los telares de la comarca de Barcelona.

d) Que miró al Carlismo, abanderado único de la Tradición de Cataluña, como instrumento aprovechable para sus intrigas políticas emprendidas con vistas a consolidar el trono de la llamada Isabel II, a costa de sacrificar al Carlismo tanto en lo dinástico cuanto en lo ideológico. De suerte que el suyo es el primer ensayo de valerse engañosamente del Carlismo en provecho de políticas ajenas a las de la Tradición de las Españas.

e) Que lo que sí fue, y con todas sus consecuencias, es vaticanista, aun a costa de contradecirse y renegar de sus más aparentemente

firmes posturas anteriores. Actitud ciertamente incompatible con la catalanía heroica de los reyes del Casal d'Aragó, cuales Pedro II el Grande de Cataluña, III de Aragón; o de sus sucesores legítimos y guardianes de los venerables Fueros, cual Felipe I de Cataluña, II de Castilla.

f) Que la Tradición catalana de su época no está en los libros suyos, sino en los escritos de Vicente Pou o de Magín Ferrer, sustentados por las bayonetas de los alzados en defensa de los Fueros, bajo la bandera legitimista del Carlismo.